

LA RACIONALIZACION DEL MUNDO EN EL PENSAMIENTO DE ARISTOTELES

UNA PREMISA PARA LA EDUCACION DEL HOMBRE GRIEGO

Parece una cuestión clave en nuestro mundo occidental (y tal vez más allá de él, por un especial fenómeno histórico contemporáneo que podría denominarse occidentalización del mundo considerado tradicionalmente como no occidental) el tratamiento de la *racionalidad*, indisolublemente unida a la noción de hombre que hunde sus raíces en el pasado filosófico griego y que a través de las vicisitudes históricas ha llegado hasta nuestros días.

Entender al hombre como un ser sensitivo, inteligente y racional resulta algo completamente natural y aun está presente tal concepción, sólo que en carácter de oposición, en las diversas corrientes "irracionalistas" que surgieron desde distintos ámbitos como reacción a otras tantas teorías "racionalistas". Sea pues, por exageración, por oposición, o dentro de marcos teóricos más equilibrados, la cuestión del hombre como ser racional, es punto de referencia casi obligado, inherente a la historia del pensamiento acerca del hombre.

Si el hombre es, entonces, un ser inteligente y racional, se expresa, en su relación con el mundo, conforme a esa, su forma de ser. Es propio del hombre leer el mundo de modo inteligente y racional ordenando tal lectura en una estructura del saber.

Al respecto, los griegos, que constituyeron uno de los pilares de nuestra cultura occidental, se empeñaron en una búsqueda consciente y tenaz de la racionalidad. El hombre es por esencia animal racional y se relaciona con el mundo sintiéndolo pero también racionalizándolo, tanto a nivel cognitivo como comportamental. Al menos eso sería lo ideal. En este sentido no es casual que la *ciencia*, tal como se la entiende hoy día, haya sentado sus bases firmes en el mundo griego. La ciencia, en efecto, *no es la única* forma de racionalidad pero sí quizás su manifestación más pura y acabada.

Independientemente de que el hombre pueda, y deba, ser enfocado desde otras perspectivas, no necesariamente opuestas a la racionalidad sino incluso perfectamente compatibles, es innegable la incidencia de este enfoque, no sólo para intentar una comprensión del ser humano, sino también para establecer una interpretación del mundo y de fenómenos tan relevantes como el de la ciencia.

Históricamente la relación entre variables tales como hombre, inteligencia, racionalidad, mundo y ciencia, ha sufrido profundos cambios que a su vez implican enormes diferencias en la manera de entender cada uno de estos términos. En la antigüedad griega, por ejemplo, era un lugar común la aceptación del mundo (empleamos el término en el sentido más amplio) como poseedor

de una estructura inteligible propia. El hombre, a su vez, dotado de sensibilidad, inteligencia y racionalidad, podía descubrir tal estructura del mundo, conocimiento que expresado a través del lenguaje, llegaba a constituir la ciencia. Esta consistía, entonces, en una lectura de la inteligibilidad del mundo.

Inversamente, en la modernidad no está ya el mundo dotado de inteligibilidad sino que le es proyectada por el hombre. La ciencia expresa, pues, la estructura del pensamiento humano impresa al mundo. El hombre no descubre sino que construye la realidad.

Baste lo poco que se ha dicho para inferir la importancia de la indagación acerca del sentido de la racionalidad en función de la educabilidad del hombre: preguntar ¿qué significa "racionalidad"? implica tanto como preguntar (al menos en cierto sentido) ¿qué significan nociones tales como hombre, mundo y ciencia? Las respuestas no son ni simples ni breves.

Pero para no abundar en generalidades será preferible analizar, a modo de ejemplo, el sentido y las implicaciones de una determinada manera de entender la racionalización del mundo: la de Aristóteles. Este eminente pensador griego, aún en sí al mismo tiempo, las peculiaridades de constituir la culminación del pensamiento griego y antiguo en general, y de haber generado, al igual que Platón, una intensa y penetrante onda expansiva en todo el desarrollo posterior del pensamiento filosófico y científico hasta nuestros días. Detenerse a considerar sus ideas no resultará, ciertamente, una tarea inútil.

Estudiar la racionalidad del universo y del hombre cobra una particular relevancia como premisa a toda teoría educativa: ¿Es el hombre racional? ¿Es racionalmente educable? ¿Puede la razón someter o guiar al hombre en su totalidad? Según Aristóteles estas cuestiones deben preceder a toda posible teoría sobre la educación: "Ni aun se sabe a qué debe darse preferencia (en la educación), si a la razón (diánoian) o al corazón («a la disposición de la psique»)".¹

Como luego se verá, el ideal que subyace al pensamiento de Aristóteles y que, en términos generales, dominó en el espíritu griego, es el del hombre educado, entendiendo por tal, aquél que se gobierna a sí mismo con la autonomía de la razón, fundada en el ser y verdad de las cosas. Este hombre es capaz, a su vez, de expresar su propia racionalidad y la del mundo, a cuya imagen intenta constituir la sociedad (polis).

I. EL SENTIDO DE LA RACIONALIZACIÓN DEL MUNDO EN ARISTÓTELES

Ante todo aclaremos la significación de los términos inteligencia y racionalidad. No son idénticos pero, al menos en el hombre, van juntos. Sin pretender sondear en la complejidad propia de esta distinción, diremos simplemente que *inteligencia* es la capacidad de captar lo inteligible. Se trata de una intuición, de un conocimiento directo. La *racionalidad*, competencia específicamente hu-

¹ ARISTÓTELES, *La Política*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946, V, 1, p. 163. He tenido en cuenta la versión bilingüe *Politics*, Harvard University Press, Cambridge-Mass, 1959, VIII, 1.

mana, implica por el contrario, la capacidad de discurrir, de unir o separar, de combinar o dividir, aquello que se ha intuido. La racionalidad ordena en una estructura relacional lo que se ha captado. Siendo así, se entiende cómo la ciencia constituye una expresión típicamente racional.

Es bien conocido que Aristóteles fue quien definió al hombre como *animal racional*, creyendo expresar en esta breve fórmula su esencia. La racionalidad constituye pues —sobre su fundamento sensible— el carácter distintivo de la especie, lo que hace que el hombre sea hombre. Por otra parte, concibió al mundo, al cosmos, como una totalidad única de sustancias individuales relacionadas en un orden jerárquico y armónico. El cosmos es una verdadera estructura orgánica compuesta de cosas sensibles, a las que es, sin embargo, inherente el carácter inteligible, es decir, la aptitud de ser captadas por el entendimiento. El mundo está dotado de inteligibilidad.

Racionalización del mundo significará entonces desde una perspectiva aristotélica, la capacidad del hombre para descubrir esa estructura inteligible del mundo, indagando sus relaciones con la estructura de su pensamiento y expresando el conocimiento resultante mediante el lenguaje.

Así, podemos considerar que en el proceso de racionalización intervienen dos términos: el hombre y el mundo, relacionados en virtud de tres variables fundamentales: *realidad, lenguaje y pensamiento*. Estas tres variables constituyen tres planos diversos: *óntico* (ser), *psicológico-lógico* (conocer, pensar) y *lingüístico* (decir). La ciencia resulta de la convergencia de los planos lógico (pensamiento científico) y lingüístico (lenguaje científico) orientados hacia el plano óntico (los entes de que se ocupa la ciencia, su objeto propio).

Resulta ahora indispensable subrayar aquella tesis implícita en la teoría aristotélica y presente en toda filosofía realista: la correspondencia entre el ser y el pensar. Lo real es cognoscible y es fundamento del conocimiento, a tal punto que puede decirse: cuanto más ser, más verdad: “en la misma relación en que cada cosa se encuentra con el ser ha de encontrarse con la verdad”.² Y, por esta misma razón, “decir que lo que es es y que lo que no es no es, es verdadero”.³

Permítasenos aun citar al respecto otro texto aristotélico muy significativo:

“La verdad o la falsedad, en la esfera de las cosas, depende de su unión o de su separación, de manera que está en la verdad el que piensa que lo dividido está dividido, o que lo unido está unido, mientras que yerra quien piensa de manera contraria al estado en que se encuentran las cosas. ¿Cuándo tiene lugar o no lo que se llama verdadero o falso? Es menester examinar lo que decimos. No es porque pensemos en verdad que tú eres blanco, tú eres blanco, sino porque tú eres blanco nosotros, al decirlo, estamos en la verdad”.⁴

Nuevamente en este texto se aprecia el modo particular en que Aristóteles vincula las tres variables: el conocer tiene su fundamento en el ser y se expresa en el decir. El punto de convergencia es, pues, el ser. En otras concepciones,

² ARISTÓTELES, *Metafísica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1978, II, 1, 993 b 32, p. 130.

³ *Ibid.*, IV, 7, 1001 b 27, p. 215. (Nótense las tres variables: decir, ser, conocer).

⁴ *Ibid.*, IX, 10, 1051 b 3-9, p. 396.

en cambio, las relaciones pueden establecerse de modo totalmente diverso: o el pensar es fundamento del ser, o el decir es fundamento del ser y del pensar.

Ello no significa, sin embargo, que la correspondencia entre las estructuras de la realidad, del pensamiento y del lenguaje, deba ser interpretada en Aristóteles como una identidad. El pensamiento no es, de ningún modo, un mero reflejo, copia o imitación de las cosas, como se ha dicho frecuentemente. Es ésta una interpretación simplista que ha conducido a errores y ha disminuido la riqueza de la concepción aristotélica. Muy por el contrario, el conocimiento (*gignosko*) implica una actividad conceptualizadora y, por tanto, una cierta gestación (*gígnomai*), por parte del ser humano. Lo mismo cabe decir del lenguaje. Ello tampoco implica que el pensamiento y el lenguaje falseen o deformen la realidad.

La cuestión cobra luminosidad si en vez de atribuir el carácter de identidad a estas estructuras, les atribuimos el carácter de analogía. En efecto, hay una correspondencia entre ellas, una "fluidez" por la cual el hombre accede al ser. Pero no una identidad, por cuanto de ese modo no sería posible el error. El error, la falsedad, está marcando la posibilidad de una ruptura, de una no coincidencia del pensamiento y del lenguaje con la realidad (si bien es cierto que tal posibilidad de discordancia surge en el pensar discursivo, racional, y no en la intelección, intuición del ser).⁵

Estas estructuras son análogas porque en las tres instancias está presente el *logos*: como *forma* en las cosas, como *concepto* en el pensamiento y como *palabra* en el lenguaje. Lo inteligible y la posibilidad de ordenarlo racionalmente fluye en los tres ámbitos.

A pesar de todo, la vinculación entre los tres planos genera algunas dificultades entre las cuales podemos señalar dos cuestiones que han sido largamente discutidas:

a) La primera de ellas se plantea entre el plano óntico y el lógico. Es una dificultad más que conocida en todos los escritos acerca de Aristóteles, la de la relación entre las cosas (concretas, individuales, sensibles, contingentes y cambiantes), y los conceptos de las cosas (abstractos, universales, inteligibles, necesarios e inmutables): cómo la forma inscripta en la cosa individual es conocida en el concepto como algo universal. Al respecto, la distinción entre sustancia primera (individuo) y sustancia segunda (especie y género)⁶ y el privilegio otorgado ya a una ya a otra, son un indicador de las complejidades percibidas por el propio Aristóteles.

Sin pretender encontrar una solución definitiva a una cuestión tan polémica, sugerimos, sin embargo, que ambas perspectivas no son necesariamente incompatibles. Si desde el punto de vista del pensamiento (especialmente de la ciencia) la forma inteligible ha de ser considerada en cuanto universal y

⁵ ARISTÓTELES, *Tratado del alma*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1944, III, 6, 430 a 27-28 y 430 b 27-31, pp. 223 y 227.

⁶ Cfr. ARISTÓTELES, *Tratados de lógica*, Porrúa, México, 1981, *Categorías*, cap. 5, pp. 24-25.

necesaria, Aristóteles no olvida sin embargo que —desde el punto de vista de la realidad— estas formas no existen como universales sino realizadas en las cosas sensibles particulares.⁷ Se trata, pues, de dos niveles de consideración diferentes. “La epistemología es idealista; la ontología es empirista”.⁸ Al parecer, el individuo como tal resulta inefable. Estando la ciencia referida o lo universal y necesario, sólo se ocupa de los individuos reales en tanto que éstos participan de la forma específica. La ciencia se ocupa de lo que es común a muchos; las peculiaridades individuales caen fuera del ámbito científico.⁹

b) La segunda dificultad surge en la consideración del lenguaje, respecto de la realidad y del pensamiento. De ella se han ocupado no sólo filósofos sino también lingüistas de reconocido prestigio. La cuestión está centrada en las famosas categorías aristotélicas.¹⁰ Según algunos intérpretes¹¹ cada una de las diez categorías aristotélicas se corresponde con una distinción gramatical propia de la lengua griega. Así la sustancia correspondería al sustantivo; la cualidad, la cantidad y la relación, al adjetivo; el lugar y el tiempo, al adverbio, y la acción, la pasión, la posición y el hábito, a modalidades del verbo. De tal modo, las categorías no resultarían atributos de las cosas, sino que constituirían “la proyección conceptual de un estado lingüístico dado”.¹²

Según otros intérpretes tal equiparación de las categorías aristotélicas con las categorías gramaticales de la lengua griega es un error.¹³

Por nuestra parte, creemos indudable que Aristóteles se valió de las virtualidades de su lengua para la determinación de las categorías del ser, que son modos de predicación. No podía ser de otro modo. Ello, no obstante, no significa que la tabla de categorías sea una mera translación conceptual de la estructura lingüística griega. Desde la perspectiva aristotélica la función del decir no reside en construir el ser sino en un constante esfuerzo por aprehenderlo y traducirlo.

II. EXPRESIONES RACIONALES FUNDAMENTALES

Acabamos de delinear lo que, a nuestro entender, constituye el sentido de la racionalización del mundo entero dentro de la cosmovisión aristotélica. Ahora bien, este peculiar fenómeno humano, la racionalización, tiene ciertos modos propios de manifestación. En el texto del pensamiento aristotélico existen tres expresiones racionales fundamentales: lo que luego se llamó la lógica; la ciencia y la filosofía. Ellas se encuentran entre sí estrechamente ligadas: la Lógica, sin ser propiamente una ciencia, constituye un saber propedéutico, preparato-

⁷ Cfr. ROSS, W. D., *Aristóteles*, Charcas, Buenos Aires, 1981, p. 42.

⁸ MOREAU, JOSEPH, *Aristóteles y su escuela*, EUDEBA, Buenos Aires, 1979, p. 36.

⁹ Cfr. sobre la imposibilidad del conocimiento científico acerca de las cosas en tanto particulares y contingentes ARISTÓTELES, *Tratados de lógica, op. cit.*, *Segundos Analíticos*, I, cap. 8, p. 165, cap. 31, p. 190, cap. 33, p. 191.

¹⁰ Cfr. *Categ.*, cap. 4, p. 24. *Tópicos*, I, 9, p. 229.

¹¹ Cfr. BENVENISTE, EMILE, *Problemas de lingüística general*, t. 1, Siglo XXI, México, 1979, p. 64 y ss.

¹² *Ibid.*, p. 70.

¹³ Cfr. COSERIU, E., *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Gredos, Madrid, p. 237 y ss. ROSS, W. D., *op. cit.*, p. 40.

rio, instrumento de las ciencias (*organum scientiarum*). Por su parte, la ciencia, o mejor debiéramos decir, las ciencias, participan de ciertos caracteres comunes que las constituyen como tales, a pesar de sus diferencias específicas. Entre ellas la filosofía se presenta como un caso ideal; es la ciencia por excelencia.

Corresponde ahora, pues, que analicemos cada una de estas tres expresiones. Con ello obtendremos una visión más acabada de la cuestión que aquí nos ocupa.

1. *La lógica:*

Sería una tarea imposible y ajena a la finalidad de este escrito, tratar de describir exhaustivamente la lógica aristotélica. Nos interesa más bien rescatar su sentido y su papel respecto de la racionalización del cosmos. Así, puede ser considerada como un saber que aúna en sí tres funciones diferentes, aunque complementarias: una función formal o descriptiva, una función metodológica y una función epistemológica.

a) *Función formal:* Desde este punto de vista la lógica realiza una descripción y un análisis del pensamiento, y en ocasiones también del lenguaje, en cuanto que el pensamiento humano posee una estructura que es posible determinar. Ella consta de ciertos elementos y funciones básicas, idénticas para todos los seres humanos: el *concepto*, el *juicio* y el *razonamiento*. Cada uno de estos miembros se inserta en el otro. Así, el juicio o proposición se compone de conceptos, y el razonamiento, a su vez, de juicios. El concepto, obtenido a través de todo un proceso abstractivo de orden cognitivo psicológico que parte de las sensaciones, expresa el "qué" de una cosa. Es de carácter universal porque apunta a lo esencial y no a lo accidental. Sin embargo, no todos los conceptos poseen el mismo grado de generalidad. Así las especies se inscriben en géneros de creciente extensión, hasta llegar a ciertos conceptos de máxima generalidad: las *categorías*.

Ahora bien, el concepto no es aún ni verdadero ni falso (al menos desde una perspectiva lógica, ya que desde una perspectiva ontológica podría afirmarse quizás que es siempre verdadero, pues *capta* infaliblemente la esencia de la cosa). Los conceptos se expresan con palabras, y la unión de las palabras constituye el juicio o proposición.¹⁴ Precisamente es en el enunciado predicativo (*logos apophantikós*), es decir, en la proposición en la que se enuncia o predica, afirmando o negando, algo de algo,¹⁵ donde se da la verdad o la falsedad: "el error y la verdad sólo consisten en la combinación y división de las palabras".¹⁶

Luego, el encadenamiento lógico de juicios constituye un razonamiento, esto es, un proceso inferencial. Entre los diversos tipos de inferencias, le dio Aristóteles especial énfasis al *silogismo* (*syllogismós*) por considerar que —por su estructura— era éste el instrumento más apto para expresar los nexos causales que vinculan a las cosas. "El silogismo es una enunciación, en la que, una vez sen-

¹⁴ Cfr. ARISTÓTELES, *Tratados de lógica, op. cit., Primeros Analíticos*, I, 1, p. 71.

¹⁵ Cfr. *ibid.*, I, 1, p. 71. He tenido en cuenta la versión bilingüe *Prior Analytics*, en *Organon*, Harvard University Press, Cambridge-Mass., 1955.

¹⁶ ARISTÓTELES, *Tratados de lógica, op. cit., Peri Hermeneias*, cap. 1, p. 49.

tadas ciertas proposiciones, se concluye necesariamente (anagkáios) en otra proposición diferente, sólo por el hecho de haber sido aquéllas sentadas".¹⁷

En suma, podemos observar que estas tres operaciones lógicas: el concepto, el juicio y el razonamiento, tienen sus correlatos en el plano del lenguaje: la *palabra*, la *proposición enunciativa* y la *argumentación*, respectivamente. Y, si bien habíamos dicho que entre el plano lógico y el lingüístico no hay identificación, es innegable que están estrechamente vinculados. Por esta razón los elementos lógicos y lingüísticos aparecen muy a menudo indisolublemente unidos.

También pueden apreciarse las relaciones existentes con el plano óntico: el concepto revela la *esencia* de la cosa; el juicio señala *nexos y notas* de la realidad, mientras que el razonamiento (particularmente el silogismo demostrativo) indica la *causa*, el por qué de algo real.

b) *Función metodológica*: Pero si Aristóteles se detiene a considerar las formas y funciones elementales del pensamiento no es a título de mera curiosidad, sino porque intenta proveer a la ciencia de un instrumento (órganon) apto y eficaz, para conducir con orden y corrección el pensamiento científico. A tal fin, si bien su lógica es más amplia, la piedra angular de su teoría es justamente el silogismo. Este parece constituir el tipo de razonamiento más acabado. Integrado por dos premisas y una conclusión, intervienen en él tres términos entre los cuales el llamado término medio (mésos)¹⁸ es el que establece la conexión entre las dos premisas (prótasis) y permite concluir una tercera proposición.

Al respecto, la estructura del silogismo es reveladora de ciertas nociones metafísicas aristotélicas y de la vinculación entre el ser y pensar. Sabido es el requisito de que todo silogismo para ser válido requiere por lo menos una premisa afirmativa y otra universal.¹⁹ Esto hace posible que unos términos puedan ser incluidos en otros: tal lo que se conoce como *subsunción*.²⁰ De este modo, al igual que en el plano óntico en el que la parte se explica por su inclusión en el todo (el cosmos o un organismo completo, por ejemplo), en el plano lógico, la conclusión (que es particular, o por lo menos tiene un grado de generalidad menor) adquiere sentido y validez porque ha sido inferida de lo universal (o de lo que tiene un grado mayor de generalidad): "quien posee la ciencia de lo universal (katholou epístémēn)... conoce, de alguna manera, los casos particulares que el universal abraza".²¹

c) *Función epistemológica*: Sin embargo, no basta en la ciencia proceder de modo válido, sino que en ella debe haber verdad (aletheia). El plano lógico debe tener un fundamento ontológico. El pensamiento científico procede lógi-

¹⁷ *Prim. Anal.*, I, 1, pp. 71-72. Cfr. *Tópicos*, I, 1, p. 223.

¹⁸ Cfr. *ibid.*, I, 4, p. 73.

¹⁹ Cfr. *ibid.*, I, 24, p. 98.

²⁰ Cfr. *ibid.*, I, 1, p. 72; I, 2, p. 73; II, 1, p. 118.

²¹ *Metaf.* I, 2, 982 a 23, p. 94. He tenido en cuenta la versión trilingüe de Valentín García Yebra, Gredos, Madrid, 1970.

camente en la captación del ser. Por ello, no todo silogismo es científico sino que sólo lo es aquél en el que las premisas de las que se parte son verdaderas: Aristóteles lo llama silogismo científico (epistemológico) o *demostración*.

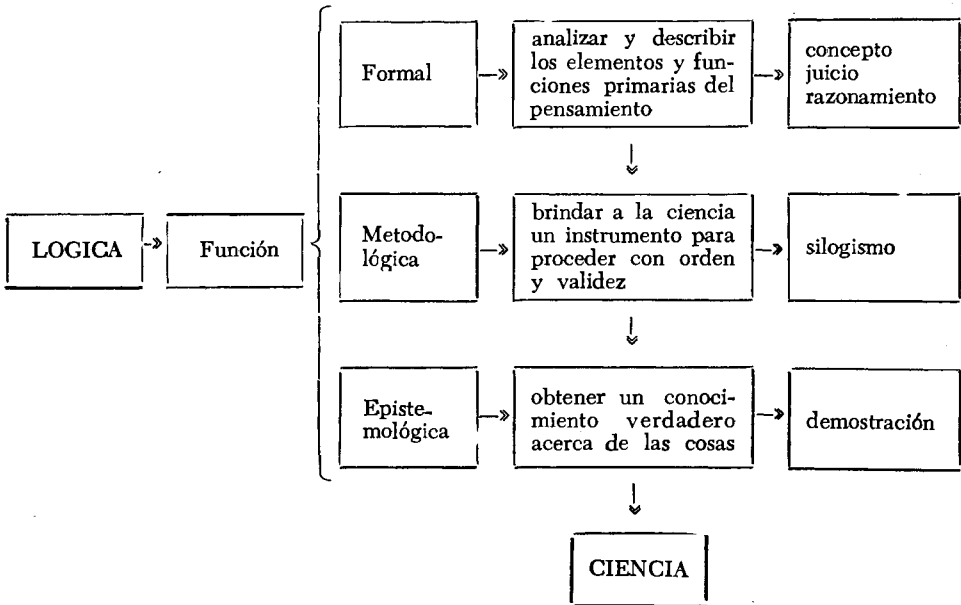
1. "Llamo demostración (apódeixin) al silogismo que produce ciencia (syllogismón epistemonikón); y entiendo por silogismo que produce ciencia, aquél que sólo con que lo poseamos ya *sabemos alguna cosa* (autón epistámetha).

2. Para creer en una cosa y saberla es preciso poseer este silogismo que llamamos demostración, silogismo fundado en el ente porque *las cosas de que se compone existen también* (ésti d'houtos... ho syllogismós).

3. Es una demostración cuando el silogismo está formado de *proposiciones verdaderas y primitivas* (ex alethón kai protón), o bien de proposiciones que deben su certidumbre a proposiciones primitivas y verdaderas".²²

Con el tema de la demostración, la lógica entra entonces en el ámbito de la ciencia y en el problema de la verdad, de las posibilidades y límites de nuestro conocimiento.

Resumamos lo dicho hasta aquí en un cuadro:



Puede apreciarse que existe entre las tres funciones una natural conexión, incluso podría decirse, una progresión cuya meta tendencial la constituye el saber científico.

²² *Seg. Anal.*, I, 2, pp. 156 y 157. *Tópicos*, I, 1, p. 221. Se ha tenido presente la versión bilingüe *Posterior Analytics, Topics*, en *Organon*, Harvard University Press, Cambridge-Mass., 1960.

De más está decir que el hombre educado deberá —según la opinión de Aristóteles— dominar estos modos de saber, para adquirir por una parte una capacidad crítica y, por otra, una conciencia de los límites de su propio saber.

2. *La ciencia*

Dice Aristóteles: "Todos los hombres, por naturaleza, desean conocer", lo que a su juicio, se evidencia ya en el gozo que produce el uso de los sentidos.²³ Ello implica que, el impulso hacia el logro del saber, es inherente a la naturaleza racional del hombre.

Ahora bien, hay diversos tipos de saberes y existe entre ellos una gradación desde el más simple, común con los animales, hasta el más complejo, propio del hombre. Ellos son: la *sensación* (aísthesis), la *memoria* (mnémesis), la *experiencia* (empeiria), el *arte o técnica* (techne) y la *ciencia* (episteme).²⁴

La misma ciencia tampoco surgió históricamente desde el comienzo, sino que los hombres buscaron primero los conocimientos necesarios para la vida, luego aquellos conocimientos necesarios para el embellecimiento y el goce de la vida y, por último, el conocimiento desinteresado, la ciencia teórica, que se busca por sí misma y tiene su origen en la admiración que surge ante la contemplación del cosmos.²⁵

¿Qué es, pues, la *ciencia*? Veamos algunos textos del propio Aristóteles:

1. "La ciencia es la *facultad de demostrar* (héxis apodeiktiké) regularmente las cosas... Y, en efecto, desde el momento en que alguno tiene una creencia, cualquiera que sea su grado, y conoce los *principios* (arjái) en virtud de los cuales cree, entonces tiene la ciencia, sabe".²⁶

2. "Nosotros creemos saber de una manera absoluta las cosas y no de una manera sofística, puramente accidental, cuando creemos saber que la *causa* (aitían) por la que la cosa existe es la causa de esta cosa y, por consiguiente, que la cosa no puede ser de otra manera que como nosotros la sabemos".²⁷

3. "La ciencia es *universal* (kathólou) y procede de proposiciones *necesarias* (anagkaíon); y necesario es lo que no puede ser de otra manera que como es".²⁸

En consecuencia, la ciencia, según Aristóteles, es un saber universal y necesario, que da razón (la causa) de las cosas, orientado a la obtención de un conocimiento verdadero acerca de los entes. Por ello, es ciencia realista que se aboca al análisis del ser (esto es, de las esencias de las cosas). La ciencia se revela entonces como una lectura racional del mundo, siguiendo un cierto orden y explicitando demostrativamente los nexos que vinculan a las cosas.

Ahora bien, si el instrumento con el que procede la ciencia es la demostración,²⁹ ello implica que existen ciertos principios o nociones previas de los

²³ *Metaf.*, I, 1, 980 a 21.

²⁴ Cfr. *Metaf.* I, 1, 980 a 981 b 15, pp. 91-93. *Seg. Anal.* II, 19, p. 215. ARISTÓTELES, *Moral a Nicómaco*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978, VI cap. 2, 3 y 5.

²⁵ Cfr. *Metaf.* I, 1, 981 b 15-25, p. 93.

²⁶ *Moral Nic.* VI, 2, pp. 203-204. Cfr. *ibid.*, 5, p. 207. Se ha tenido en cuenta la versión bilingüe *The Nicomachean Ethics*, Harvard University Press, Cambridge-Mass., 1956.

²⁷ *Seg. Anal.*, I, 2, p. 156.

²⁸ *Ibid.*, I, 33, p. 191.

²⁹ Cfr. *ibid.*, I, 1, p. 156.

que parte la demostración,³⁰ siendo ellos mismos indemostrables. De otro modo, el proceso demostrativo sería infinito³¹ y no cumpliría su función propia, la de señalar la causa del hecho a través del término medio.³²

Así, si el silogismo consistía en una simple estructura formal de razonamiento, en un modo válido de proceder para obtener desde ciertas premisas la conclusión, ello no es suficiente para obtener un conocimiento científico, pues la ciencia, como vimos, no consiste sólo en vincular proposiciones de modo válido sino en obtener un conocimiento verdadero, universal y necesario, acerca de las cosas. Por ello, son condiciones exigidas por Aristóteles, que los principios de que parte la demostración sean:

a) *verdaderos* (alethé), puesto que la ciencia es un saber referido a las cosas;

b) *indemostrables* (anapodéiktika), *inmediatos* (ámesa), *primarios* (próta), porque si fueran a su vez susceptibles de demostración no serían realmente primitivos;

c) *causas de la conclusión* (aitíai), porque saber es saber por las causas, dar la razón, el por qué, del hecho que se pretende demostrar;

d) *más notorios que la conclusión y anteriores a ella* (gnorismotéra kai prótera), entendiéndose por ello no lo que es más notorio y anterior para nosotros (esto es, la sensación) sino lo más notorio y anterior por naturaleza, de manera absoluta (que es lo más lejano a la sensación).³³

Entre estos principios algunos son comunes a todas las ciencias, como el de no contradicción, el de tercero excluido o el de identidad; otros, son específicos de cada ciencia.³⁴

Llegados a esta altura estamos de acuerdo en admitir que, según Aristóteles, toda ciencia requiere principios a partir de los cuales realiza sus demostraciones, pero entonces habrá que admitir también que el principio mismo de la ciencia "ni la ciencia, ni el arte, ni la prudencia, pueden revelármolo",³⁵ puesto que si fuese susceptible de ser demostrado por alguno de esos medios, ya no podría ser aquello de que parte la demostración científica: "el principio de la ciencia no es la ciencia".³⁶

¿De dónde provienen entonces, los principios de la ciencia? Accedemos aquí a un punto difícil de la teoría aristotélica, en parte por la brevedad de los fragmentos referidos a la cuestión y en parte por una, al menos aparente, discordancia entre dichos textos.

³⁰ Cfr. *ibid.*, I, 2, pp. 155, 156 y 158; II, 19, p. 214.

³¹ Cfr. *ibid.*, I, 3, p. 158.

³² Cfr. *ibid.*, II, 11, p. 203.

³³ Cfr. *ibid.*, I, 2, p. 157.

³⁴ Cfr. *Ibid.*, I, 10, p. 166; II, p. 168. *Metaf.*, XI, 4, 1061 b. 17-25, p. 458.

³⁵ *Moral Nic.*, VI, 5, p. 207.

³⁶ *Seg. Anal.*, II, 19, p. 216.

a) Efectivamente, en unos, atribuye el origen de tales principios a la *sensación* (aísthesis) o experiencia sensible:

“En todas las ciencias los principios son en su mayor parte especiales; y a la experiencia corresponde suministrar estos principios en cada una de ellas”.³⁷

“Estos conocimientos de los principios no están en nosotros completamente determinados; no proceden tampoco de otros conocimientos más notorios que ellos; vienen únicamente de la sensación”.³⁸

b) En otros textos, sostiene que se obtienen por *inducción* (epagogé). Es éste un procedimiento inferencial en el que del análisis de casos particulares se accede a una conclusión universal. “La inducción es la transición de lo particular a lo universal”;³⁹ “es el principio de las proposiciones universales” mientras que “el silogismo sale de los universales”.⁴⁰

Indudablemente, si la inducción parte de los casos particulares tendrá estrecha vinculación con la sensación: “Es, pues, evidente, que la inducción es la que necesariamente nos da a conocer los principios; porque es la sensación misma la que produce en nosotros lo universal”.⁴¹

c) Pero la inducción, precisamente por su relación con la sensación y las cosas particulares, no puede ser absolutamente rigurosa y cierta, sino que se mantiene aun en el plano de lo probable. Aristóteles, por tanto, encuadra la inducción como uno de los tipos de razonamiento de los que se ocupa la *dialéctica*,⁴² pues ésta trata de las inferencias probables. Por ello le es posible afirmar también que:

“Con el auxilio de este método (la dialéctica), podremos conocer los elementos primitivos de los principios de cada ciencia... Ahora bien: éste es el objeto propio de la dialéctica, o por lo menos a ella pertenecen más especialmente; porque siendo investigadora como es, nos abre el camino para llegar a los principios de todas las ciencias”.⁴³

d) Finalmente, sostiene Aristóteles en otros textos que tales principios se obtienen merced a la actividad intuitiva del *entendimiento* (nous): “sólo resta que sea el entendimiento el único que se aplique a los principios y que los comprenda”⁴⁴ porque “como sólo el entendimiento puede ser más verdadero que la ciencia, el entendimiento es el que se aplica a los principios”.⁴⁵

Nosotros creemos que es posible conciliar estos diversos textos de Aristóteles y las opiniones que han generado en sus intérpretes.

La sensación brinda el material (el conocimiento de los casos particulares) sobre el cual se realiza el razonamiento inductivo. Pero la inducción, entendida como proceso inferencial de lo particular a lo universal, es sólo probable aunque marca una dirección a la inteligencia. Por ello no es suficiente sino que

³⁷ *Prim. Anal.*, I, 30, p. 106.

³⁸ *Seg. Anal.*, II, 19, p. 215.

³⁹ *Tópicos*, I, 12, p. 231.

⁴⁰ *Moral Nic.*, VI, 2, p. 204.

⁴¹ *Seg. Anal.*, II, 19, p. 215.

⁴² *Tópicos*, I, 12, p. 231.

⁴³ *Ibid.*, I 2, p. 224.

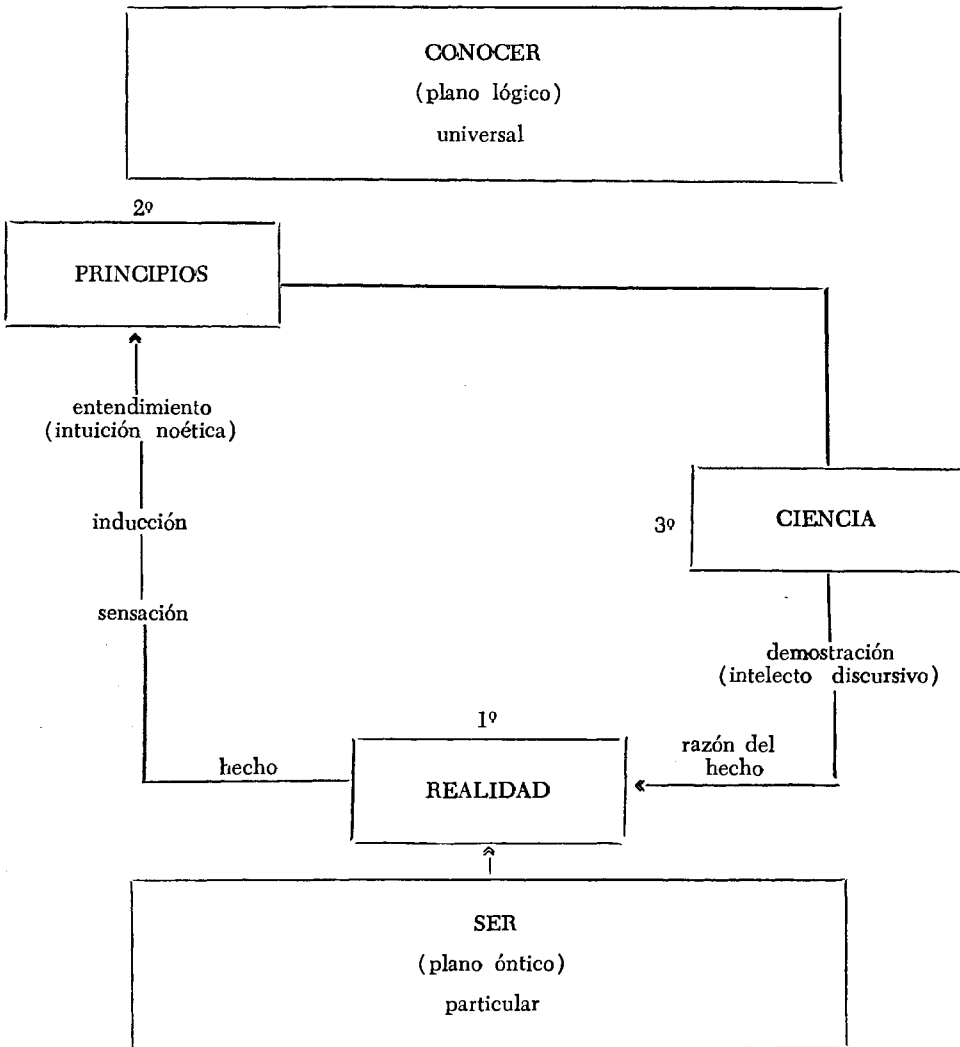
⁴⁴ *Moral Nic.*, VI, 5, p. 208.

⁴⁵ *Seg. Anal.*, II, 19, p. 216.

requiere ser completada por la actividad intuitiva del entendimiento (nóesis).⁴⁶ Así, “es el entendimiento el principio de la ciencia”.⁴⁷

Claro está que en algunas circunstancias la captación de lo universal se produce con más facilidad (incluso puede llegar a darse con la observación de un único caso sin necesidad de enunciar muchos o todos los hechos de esa clase). Ello dependerá de la mayor o menor facilidad que exista en tales casos para intuir (abstraer) la forma en la materia.⁴⁸

Si retomamos lo expuesto hasta aquí, el proceso completo desde la obtención de los principios hasta la demostración científica, quedará evidenciado en el siguiente cuadro:



⁴⁶ Cfr. MOREAU, J., *op. cit.*, p. 40.

⁴⁷ *Seg. Anal.*, II, 19, p. 216.

⁴⁸ Cfr. ROSS, W. D., *op. cit.*, p. 64.

Como puede apreciarse, la ciencia procede desde principios obtenidos de las cosas para volver a las cosas mismas pero dando la razón, la causa de ellas. Se parte de lo real (observación del hecho) retornando a lo real (explicación del hecho). Existe, pues, un constante fluir del ser al conocer y viceversa.

3. La filosofía

Habíamos dejado sentado ya que la ciencia en Aristóteles tiene sentido por su relación con el ser. El conocer y el pensar están orientados a la captación de las cosas, de sus causas y fundamentos.

Ahora bien, será preciso recordar aquí aquella afirmación aristotélica según la cual el término *ente* "tiene muchos significados, pero todos ellos en relación con algo único y con una naturaleza única".⁴⁹ Ello implica, por una parte, que el ser no es unívoco sino multívoco, pues alude a diversos sentidos; pero, por otra parte, las diferentes modalidades del ser (*ente*) cobran sentido por su referencia a un significado primero y fundamental (la *ousía*).⁵⁰

Si esto acontece en el plano óntico, y si la ciencia se ocupa del ser, de los entes, se sigue de ello que la ciencia también es múltiple:⁵¹ no hay una sola ciencia sino varias; y, de igual modo, que la totalidad de las ciencias cobra sentido en virtud de una ciencia primera que da armonía e intelegibilidad a todas las demás. Tal ciencia es la filosofía. Aristóteles distinguió tres grandes ámbitos del saber: poético o productivo, práctico y teórico.⁵² Este último es, estrictamente hablando, el conocimiento propiamente científico. Dentro de él incluyó al menos tres ciencias teóricas: la física, la matemática y la filosofía.⁵³

Es claro que desde la perspectiva aristotélica, el saber teórico es superior al práctico y al productivo, pues es el conocimiento que se busca por sí mismo, sin otra finalidad que no sea la contemplación de la verdad (*theoría tes alétheias*).⁵⁴ Pero aun entre las ciencias teóricas, la filosofía es superior a las demás.⁵⁵

¿En qué se funda tal superioridad? Para responder a esta pregunta debemos establecer previamente de qué se ocupa esta ciencia, cuál es su objeto, puesto que se considera a una ciencia como superior o inferior a otra de conformidad con su objeto.⁵⁶ Dice Aristóteles:

"Hay una ciencia que estudia el *ente en cuanto ente* (to on he on) y las determinaciones que por sí le pertenecen. Esa ciencia no se identifica con ninguna de las llamadas ciencias particulares, pues ninguna de éstas considera en su totalidad al ente en cuanto ente, sino que después de haber deslindado alguna porción de él, estudia lo que le pertenece accidentalmente por sí a esa cosa, tal como ocurre con las ciencias matemáticas".⁵⁷

⁴⁹ *Metaf.*, IV, 2, 1003 a 32-33, p. 191.

⁵⁰ Cfr. *ibid.*, 1003 b 18, p. 192.

⁵¹ Cfr. *ibid.*, XI, 3, 1060 b 31-35, p. 456.

⁵² Cfr. *ibid.*, VI, 1, 1025 b 20-25, pp. 277-278.

⁵³ Cfr. *ibid.*, XI, 3, 1061 a 30 b 9, pp. 457-458.

⁵⁴ Cfr. *ibid.*, I, cap. 1, 982 a; cap. 2 982 a 15-17, p. 94.

⁵⁵ Cfr. *ibid.*, VI, 1, 1026 a 23-33, p. 279.

⁵⁶ Cfr. *ibid.*, XI, 7, 1064 b 5, p. 466.

⁵⁷ *Ibid.*, IV, 1, 1003 a 20-25, p. 191.

"Puesto que inclusive el matemático se vale de los axiomas comunes, pero empleándolos de un modo apropiado a sus investigaciones, competirá a la filosofía primera el estudio de esos *principios (arjás)*".⁵⁸

Considerando entonces que la filosofía primera se ocupa del ente, de sus principios y causas, y siendo éste, sin duda alguna, el objeto más excelente, se entiende por qué esta ciencia es superior a las demás.⁵⁹

Será, por tanto, función de la filosofía establecer las nociones más generales acerca de la realidad como por ejemplo las de ser, categoría, acto, potencia, causa, esencia, movimiento, etc. También le competirá el establecimiento, la justificación y la defensa de los principios del ser y del pensamiento, como el principio de no contradicción.

Sobre estas bases se asientan las demás ciencias que ya no indagan acerca de tales nociones sino que las presuponen, al par que tampoco fijan los primeros principios sino que los usan de modo analógico en su propio campo⁶⁰ como puntos de partida en sus investigaciones.

La filosofía constituye, entonces, la culminación del saber tanto por la dignidad de su objeto como por la universalidad de sus principios, siendo al par la ciencia que gobierna y armoniza todo el sistema de la racionalidad. Por ello dice Aristóteles:

"Quien aspira a conocer por el conocer mismo tendrá una decidida preferencia por la ciencia más cabal. Y esa ciencia es de lo más cognoscible, pues lo más cognoscible son los principios primeros y las causas. A través de los principios y a partir de ellos se conoce lo demás y no inversamente los principios a través de los particulares que dependen de ellos".⁶¹

Esta ciencia surgió no por un interés utilitario, sino por la admiración (*thau-ma*) que despertó en algunos hombres el orden bello y armónico del cosmos. Estos hombres quedaron perplejos ante tal maravilla y eso los llevó a reconocer su ignorancia por lo que "persiguieron el saber en consideración del conocimiento y no por su utilidad". De este modo se puede afirmar que "ésta es la única ciencia libre, puesto que es la única que tiene su fin (en sí misma)", al tiempo que "ninguna ciencia es superior en dignidad a aquélla".⁶²

III. CONCLUSIONES

El mundo tiene para Aristóteles una estructura inteligible. Ese carácter de inteligibilidad se halla presente tanto en cada cosa, a través de su esencia, como en el cosmos considerado en su totalidad, a través de las relaciones que vinculan a sus miembros.

El hombre, definido como animal racional, accede mediante su sensibilidad al conocimiento inteligible del mundo y lo conceptualiza, pues está dotado

⁵⁸ *Ibid.*, XI, 4, 1061 b 18-20, p. 458.

⁵⁹ Cfr. *Moral Nic.*, VI, 5, pp. 208 y 209.

⁶⁰ Cfr. *Metaf.* XI, 4, 1061 b 17, p. 458.

⁶¹ *Ibid.*, I, 2, 982 b 1-4, p. 95.

⁶² *Ibid.*, 982 b 10 983 a 5, pp. 95-96.

de las capacidades de intelección y razonamiento. Así, puede descubrir progresivamente la estructura del cosmos y ordenarla en una estructura del saber explicitada mediante el lenguaje.

De ello surgen inmediatamente dos notas relevantes inherentes al pensamiento aristotélico: el *intelectualismo* y el *realismo*. La realidad en su totalidad es susceptible de ser conocida y conceptualizada por el entendimiento humano (si no de hecho, al menos potencialmente), y tal conocimiento expresa lo que las cosas son.

Con ello se contraponía Aristóteles a la posición sostenida por sus contemporáneos, los sofistas. Si éstos le atribuían a la racionalidad un carácter de convención cultural, Platón y Aristóteles se empeñaron, cada uno a su modo, en afirmar que la verdad va más allá del mero nomos: la verdad tiene su fundamento en el ser de las cosas.

Claro está, Aristóteles es consciente de que la captación de la verdad del ser es un ideal que muchas veces se traduce en la realidad como una tarea ardua y difícil, no pocas veces obstaculizada por el error y la ignorancia. El profundo deslumbramiento que experimentaron los filósofos griegos ante el descubrimiento de la racionalidad humana, no les impidió reconocer los límites de este poder. Al respecto, no es casual encontrar repetidamente en los escritos de estos pensadores —así sucede con el propio Aristóteles— la contraposición entre el hombre y la divinidad. El sabio tiene algo de divino, pero jamás se confunde con Dios, aquél que Aristóteles describía como “intelección de la intelección”.⁶³

Por ello entonces, como las esencias de las cosas no son siempre fáciles de captar, acepta Aristóteles que en su actividad racional, el hombre puede partir de ciertas convenciones, de proposiciones que se admiten como verdaderas aunque no se evidencien como tales. Así, dedica todo un tratado de su lógica a la consideración de la dialéctica, esto es, de la argumentación que parte de premisas sólo probables.

De todos modos, el hecho de admitir que hay ciertos ámbitos de la actividad humana, como la política o la ética, en que interviene la probabilidad, no entra en conflicto con la convicción aristotélica de la capacidad humana para descubrir la realidad. Si el error y la incertidumbre son posibles es porque antes son posibles la verdad y la certeza.

Así pues, el hombre educado, en esta perspectiva aristotélica, es el hombre político, el habitante constructor de la polis pero sobre el fundamento de la investigación de la verdad (alétheian zethein).

SILVANA FILIPPI

⁶³ *Ibid.*, XII, 9, 1074 b 34, p. 511.